



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 45. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 2 Diciembre 1875. | Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXV.

SUMARIO.

Revista de Modas, por Joaquina Palmaseda.—Paletot adornado de piel.—Vestido con túnica de moda.—Traje para niña.—Paletot con mangas anchas.—Paletot holgado.—Paletot plegado por detras.—Vestido adornado de trenzados.—Chaqueta sin mangas.—Marinera para niña.—Vestido inglés para niña.—Mangas de moda.—Albornoz.—Traje para niño.—Vestido de novedad para señora.—Vestido con chaqueta.—Polonesa con grandes mangas.—Vestido adornado con galones.—Traje inglés para niño.—Abrigos para niños.—Abrigo de paño con pieles para señora.—Abrigo de cachemir entretelado.—Cuellos y mangas pa E seño-

ra.—Capota para niño.—Sombreros de invierno para señora: Sombrero de castor.—Sombrero con barbas de tul.—Sombrero con cinta cañamazo.—Sombrero con cinta brochada.—LITERATURA: La vanidad, por Natividad de Rojas.—El robo de una rosa, poesía, por Zaravel.—Que te bendiga el cielo, poesía, por E. M. Gonzalez del Valle.—De Madrid á Lisboa, por Nicolás Díaz y Pérez.—Espigas y amapolas, por Angela Grassi.—Charada.—Consejos de higiene, por Un viejo Doctor.—Explicacion del figurin.

REVISTA DE MODAS.

Se acerca la época de los salones, y las señoras de elevada posición llamadas á frecuentarlos, se preocupan ya de los trajes á propósito para concurrir á ellos: algunas bodas que se anuncian también entre personas de la aristocracia, darán otras tantas ocasiones de lucir las señoras sus galas y sus joyas, porque en estas fiestas nupciales se permite todo, todo menos el escote redondo, que por el momento ha desaparecido de la escena. Hasta para las grandes recepciones se llevará este invierno el traje alto ó escotado en cuadro, habiéndose ya visto algunos en París altos y en cambio, las mangas transparentes en tul ó gasa bullonadas, pero este parece un contrasentido, en el que no debe incurrir ninguna persona de buen gusto. El escote en cuadro viste mucho, y el abierto en corazon con gola de encaje ó de tul, se sostiene siempre, autorizando ámbos toda clase de joyas y adornos. Estas hechuras son de la más suprema elegancia, no siendo inadmisibles ni aun el cuerpo enteramente cerrado para presentarse en sociedad.

La combinación de dos telas de las muchas ricas que hoy autoriza la moda, tiene su verdadera aplicación para los trajes de sociedad, dando por resultado trajes maravillosos de gusto, riqueza y elegancia. Las formas actuales son atrevidas, las telas de gran apariencia, y con tales elementos se hacen creaciones verdaderamente deslumbradoras. La sedería lisa combinada con el cachemir brochado en el mismo tono, hace trajes de una riqueza y severidad perfectos, y los terciopelos estampados con la seda del mismo color, ó la sedería lisa con la brochada, son de una suntuosidad que hacia tiempo no se advertia en los trajes de las señoras, á pesar de los anatemas lanzados contra el lujo femenino en estos últimos años: ahora es cuando verdaderamente el lujo parece llegar al último límite, y el auxilio de la plata y el oro, que entra por mucho en los adornos, acaba de hacer la moda actual brillante y deslumbradora. ¡No me regocijo por ello, lectoras mías! Cuando se llega á la cima de la montaña, es cuando más rápidamente se desciende de ella, y muchas veces la bri-



1. Vestido con paletot.

2. Vestido con túnica y chaqueta.

3. Vestido para niña.

llantez de la moda ha sido preludio de épocas calamitosas... Pero en fin, tal es la moda, y mi deber hacérsela conocer, aconsejándoles que la trateis con reserva, sin gran intimidad y sin seguirla en sus grandes extravíos. La combinación de los trajes citados de sociedad suele ser por este orden: figuraos una falda de gran cola, de terciopelo estampado verde Nilo, sobre otra de seda del mismo color, abierta en los costados y recogida ligeramente para dejar ver la interior, guarneciéndola esta falda

de encima un plegado como las draperías de las bertas de seda verde, y un encaje blanco de aplicación, lo que da al traje una suavidad y belleza indescriptibles. El cuerpo escotado en cuadro es de terciopelo adornado de plegados y encaje, y las mangas de seda, donde se repiten los encajes de la falda. Otro traje en esta combinación que ya he podido admirar, es una simple túnica de forma de sotana. ¡Pero qué túnica! De seda brochada azul pálido, sobre fondo gris, colocada sobre falda de seda ó de terciopelo azul pálido, y mangas iguales á la falda, sujetas con botones todo alrededor de la bocamanga, lo cual permite ponerlas y quitarlas. Los botones son azules, y van pegados por encima en la túnica, lo que sirve de un adorno en la unión ó pegadura. La túnica va adornada alrededor de faya azul y galones azules con plata, quedando por delante abotonada y lisa, y recogida por detras con faya y encaje de un modo caprichoso. Estas mismas combinaciones se hacen en tonos oscuros y ofrecen vestidos más útiles, y no acabaré de hablarlos de trajes de sociedad, sin recomendaros una nueva hechura de túnica hebrea, cada vez más admitida para sociedad y teatro, y que resulta elegante sin tanta pretensiones. La túnica, cuyo modelo tengo á la vista, es de cachemir blanco, con los delanteros prolongados hasta el fin del vestido y muy escotada del brazo, cuya abertura baja hasta mitad de la falda, prolongándose la espalda en una gran lazada hacia adentro, debajo de la cual van á recogerse los delanteros; una segunda lazada postiza se coloca debajo de esta primera, que forma aldeta, y de ella baja una gran tabla, que se abre en cola, prolongándose más que el vestido. Esta túnica lleva la parte de adelante guarnecida de fleco, y puede ser el cachemir bordado con sedas ó liso. Todas estas combinaciones os dan idea de los actuales trajes de salón que pueden ser reproducidos en telas más modestas: la faya y el cachemir hacen muy buena combinación y está muy admitida para los salones.

Como accesorio elegante y que favorece al rostro, se indican plegados de crespón blanco festonados con seda

blanca también, y de pliegues muy menudos, adorno de una transparencia muy bella, y los plegados terminados por valenciennes. El encaje Colville es un género nuevo de encaje crudo que se emplea con éxito para la lencería fina, y se combina con los sombreros de terciopelo negro, dándoles gran realce. Con los vestidos escotados en cuadro, se verán camisetas altas de tul y encaje bullonadas de mucho gusto, y como adorno siguen obteniendo gran favor los galones, los trenzados y los flecos. Los botones de pasta y de pasamanería, género matalasée, son los más estimados, y en lugar del tamaño grande que antes se usaba, ahora se llevarán pequeños, muy pequeños, del tamaño de perlas ó diminutos madroños, y en eso consistirá su elegancia. ¡Hemos pasado de un extremo á otro!

En sombreros el castor domina casi en absoluto: la forma *Rubens*, de ala grande levantada por un lado y muy recargados de plumas y oro, son los más espléndidos, pero yo os aconsejo la forma sin el *penacho* de plumas, que suele completarle: un pequeño grupo al lado, y una pluma que descienda por detrás dan por resultado un sombrero de muy buen gusto. El llamado *Príncipe de Gales* es un sombrero recargado también y propio para carruaje solamente, y el *Muscadino* es un término medio entre el sombrero casi liso, como los de castor que gastan los hombres y los anteriormente descritos. Hácense siempre los de fondo bullonado en faya ó terciopelo, y adornados por detrás de un doble bavolet, sobre el que bajan las plumas, completándoles barbas de tul blanco ó negro, que bajan á anudarse por delante.

JOAQUINA BALMASEDA.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 Á 3. TRAJES PARA INVIERNO.

1. *Vestido con paletot*.—Vestido de terciopelo negro y paletot de cachemir, forrado de piel, con tira de terciopelo alrededor y otra al borde, de petit gris ó zorro plata. Sombrero de terciopelo negro con cintas de faya, pluma y bandó de terciopelo con flores. Patrones de paletot de esta forma tienen nuestras lectoras en uno de los últimos números.

2. *Vestido con túnica y chaqueta*.—La túnica es enteramente una segunda falda que figura abotonarse al lado y cierra detrás con dos grandes echarpes, como muestra el núm. 19 que presenta la misma falda: un fleco de madroños de lana, de 8 cents. de largo, orilla el borde bajo un vivo de faya, así como la chaqueta y cuello marinero. La manga lleva bieses y lazo, y la falda tres volantes y un bullon con cabeza, muchas veces fruncido. Sombrero de fieltro con plumas, flores y barbas de encaje. (Véase el sombrero núm. 11.)

3. *Vestido para niña*.—Vestido de lana de color liso, con volantes y bieses encima, de tela de cuadros; manto liso y chaqueta con aldetas guarnecida de biés.

4 Y 5. PALETOT CON MANGAS ANCHAS.

(Patron: en el pliego por el revés, núm. XI, figs. 46 á 49.)

La principal novedad de este abrigo consiste en la manga, cuya parte superior está pegada por encima del abrigo, mientras la mitad inferior se cose por el orden conocido: el croquis que acompaña al patron, indica claramente la union de las piezas. El núm. 4 es de pañoterciopelo con tiras de piel de nutria y botones de pasamanería, adornando las mangas lazos de cinta, además de la piel y los botones; el número 5 es de un tejido de lana de novedad, adornado de trenzas de lana longitudinales, que terminan con borlas en las mangas y en el abrigo, bajo una tira de crochet rizado, imitacion de piel.

6 Y 7. MARINERA PARA NIÑA.

(Patron: en el pliego por el revés, núm. XIV, figs. 60 á 63.)

Esta linda chaquetita se hace en paño tricot muy suelto, y lleva como adorno una doble hilera de espiga á punto ruso, con torzal del mismo color del paño, un poco más claro: una doble carrera de botones cierra el paletot, y las solapas y cuello marinero son de terciopelo ó de seda con el mismo bordado.

8. CHAQUETA SIN MANGAS.

(Patron: en el pliego de patrones por el derecho, número II, figs. 6 á 11.)

Puede hacerse esta chaqueta ó coraza en paño ó cachemir y adornarla de galones y lazos, sirviendo de complemento con cualquier traje.

10 Y 11. SOMBREROS.

Ambos son de castor, el primero adornado con faya, plumas de gallo y plumas rizadas: el segundo presenta por detrás el mismo modelo de la figura núm. 1, y va adornado de grandes barbas de tul sujetas con lazos.

12 Á 14. VESTIDOS PARA NIÑOS.

(Patron: en el pliego de patrones por el derecho, figuras 25 á 29.)

Los núms. 12 y 13 presentan un vestido para niña hecho en paño diagonal azul, adornado de galones de seda negros y de cinturón ó faja con las puntas con flecos: se cortan los delanteros y espalda por el patron, y se completan con una falda plegada para la parte de atrás, cortada al hilo y de 34 cents. de largo por 124 de vuelo. Las dos mitades del cuello se unen por detrás, y en el patron van marcadas las vueltas y bolsillos: las caídas ó cinturón tienen cada una 19 cents. de ancho por 70 de largo. El vestido núm. 14 se corta la parte de adelante por los mismos patrones, y las espaldas más holgadas y enteros como los delanteros.

16. CAPOTA PARA NIÑA.

Es de cachemir con plegados en el ala y fondo bullonado: el bavolet, plegado, va terminado por fleco, y lazos de cinta de faya le completan.

17 Y 28. PALETOT CON PLIEGUES EN LA ESPALDA.

(Patron: en el pliego por el revés, núm. XII, figs. 50 á 53.)

La vista del patron nos evita explicacion detallada de este abrigo de paño matelaseé, sea adornado de faya ó de terciopelo, que de las dos maneras le presentan nuestros grabados. La parte de atrás es una imitacion del vestido de niña núm. 12, completando el largo de la espalda pliegues de faya ó de terciopelo. Vestido de terciopelo inglés, liso ó de cachemir, con volante á la inglesa.

18, 20 Y 23. VESTIDO CON TRENZADOS.

(Patron de falda y túnica: en el pliego por el derecho, núm. IX, figs. 37 y 38.)

La novedad de la estacion para los vestidos de lana son los trenzados ó galones de lana y de seda, ó el llamado *plerails*, con lana y oro ó plata. Este modelo es, la falda de seda negra, y la chaqueta y túnica de siciliana negra. La falda, de cola, va ceñida con cordones la parte de atrás en el talle, y á unos 25 cents. de él, cuyo fruncido cubre la túnica. (En el próximo número daremos modelo de este género de faldas nuevas). Esta va adornada de plegados, y el patron indica las medidas, así como las de la túnica, que ciñe mucho al cuerpo, se riza con la falda, y apenas recogida, figura estar con dos echarpes de 28 cents. de ancho por 40 de largo, forrados de faya y colocados de manera que uno muestre la tela y otro el forro. La chaqueta se corta también por los patrones correspondientes que marcan la abertura de la espalda, y el ancho tiene 9 cents. de ancho y va colocado sobre otro de faya más ancho. La manga la presenta aparte el núm. 20, y los mismos trenzados que adornan el cuerpo y la manga se repiten en dos órdenes alrededor de la túnica.

19. VESTIDO CON TÚNICA Y CHAQUETA.

(Patron: en el pliego por el derecho, núm. III.)

Es de cheviot de cuadros azules sobre fondo gris, y la falda lleva volantitos á tablas, adornando la túnica fleco azul de madroños. La chaqueta lleva tabla doble en la espalda, colocada al biés, y lazo de cinta con grandes caídas figura cerrar la túnica á la izquierda.

21 Y 15. PALETOT HOLGADO.

(Patron: en el pliego por el revés, núm. X, figs. 40 á 45.)

Este elegante abrigo se hace en faya negra, forrado de petit gris y cerrado con dos carreras de botones. El resto del adorno son plegados muy menudos de la misma faya, y ella guarnece las mangas, bolsillos y cuello: para este adorno se emplean tiras cortadas al biés, plegadas sobre linon fino y sentadas despues sobre el abrigo con grueso cordon alrededor. Acompaña á este abrigo vestido de faya negro con dos volantes fruncidos, y el primero otro plegado al borde, y sombrero de terciopelo y faya.

22. TEAJE PARA NIÑO.

Vestido marinero de terciopelo negro, compuesto de calzon y chaqueta con cuello, biés para los botones y faja de seda azul. El cuello está entretelado y bastillado como la vuelta de manga y adornados de puntillas blancas.

24, 25 Y 9. VESTIDO CON GALONES.

(Patron: en el pliego por el revés, núm. XV, figs. 64 á 70.)

El núm. 24 presenta el vestido completo, mientras los núms. 9 y 25 ofrecen la chaqueta y manga; en el próximo número daremos la falda y la túnica extendida para la mejor comprension. El núm. 24 lleva la falda de lana lisa y la chaqueta y túnica de tela rayada en el mismo color, y todo adornado de galones del color del fondo. Los patrones para la falda y túnica están calculados en tela doblada, ó sea de 130 cents. de ancha: si es más estrecha, hay necesidad de más costuras. La falda lleva por detrás la tabla triple, que se sujeta casi hasta donde llega la túnica, completando desde allí el largo un volante al aire que se abre mucho para formar la cola. La túnica se compone de un paño por delante de la mitad del ancho de la tela, pero que deberá ser cortado en dos pedazos y colocados uno sobre otro y adornados ámbos separadamente unidos con la parte de atrás, que es más larga, por medio de pliegues. La persona poco acostumbrada deberá ejecutar ántes esta túnica en linon ó cualquiera otra tela de poco valor. Los galones se cosen bastante unidos, y botones y lazos acompañan la union de adelante y de atrás de la falda: la chaqueta cierra por delante en biés (véase núm. 9), y va adornada igualmente de fleco y galones. La manga la ofrece el núm. 35, y los galones que guarnecen la vuelta rematan en lazadas en la parte exterior, completando el adorno un lazo de cinta, como los de la falda, de 7 cents. de ancho.

26 Y 27. POLONESA.

(Patron: en el pliego por el derecho, núm. I, figs. 1 á 5.)

Este modelo es de faya, forrado de vientres de petit gris y piel alrededor de skung ó zorro plata. El adorno se completa con ricos adornos de pasamanería, los delanteros cruzan en biés, y á este fin se cortan el uno de todo el patron y el otro por la raya más interior del mismo: la espalda se une por las letras y se completa en la parte inferior por una tira al hilo para formar la tabla. El escote se refuerza con una tira de faya ántes de colocar la piel y se cierra el abrigo por corchetes invisibles, cruzando encima los cordones de pasamanería. Vestido de faya liso y sombrero de terciopelo con bridas de tul.

29. ALBORNOZ.

Es de franela inglesa de cuadros de dos tonos, completándole fleco de los mismos colores: la capucha va forrada de seda y adornada de una tira de crochet rizado y un lazo de cinta.

30 Y 31. ABRIGO CON ESCLAVINA.

Es una misma hechura en dos telas diferentes. El primero es de paño forrado y guarnecido de piel, y el segundo es de cachemir entretelado, adornado de pespuntos á la máquina, y la esclavina de galones y fleco.

32 Y 33. ABRIGOS PARA NIÑOS.

El primero es de paño chinchilla guarnecido de esta piel y cerrado con dos carreras de botones: el segundo, de cachemir entretelado; lleva la esclavina guarnecida de zorro de moscovia.

34 Á 37. CUELLOS Y MANGAS.

(Patrones: en el pliego por el revés, núm. XVI, y por el derecho núm. VIII.)

Ambos son de holanda, el primero con un biés pegado á la máquina, y el segundo alto de atrás, abiertas las puntas y adornado de dos carreras de calados. Los puños corresponden á la forma y adorno de los cuellos.

38. CANASTILLA.

Va forrada de seda por dentro y adornada por fuera de un lambrequin bordado adornado de borlas entre los picos y con un rizo lo á la pegadura figurando hojas.

39 Á 40. SOMBREROS.

El primero es de castor de forma *Rubens* y adornado con cinta cañamazo azul y blanca y plumas de este color. El que presentan los otros dos números es igualmente de castor, de ala vuelta de adelante, y adornado con cinta brochada ó renacimiento negra y oro rosas. Los extremos de las cintas van terminados por flecos.

JOAQUINA BALMASEDA.

, figs. 64

éntas los
el próxi-
dida para
a de lana
el mismo
el fondo.
ulados en
es más es-
alda lleva
sta donde
un volan-
la. La tú-
mitad del
dos pe-
mbos se-
s más lar-
estumbra-
cualquie-
bastante
e adelan-
or delante
nte de fle-
os galones
n la parte
nta, como

gs. 1 á 5).
s de petit
adorno se
delante-
no de todo
el mismo:
n la parte
ola. El es-
colocar la
s, cruzan-
do de faya

s, comple-
va forra-
tizado y

es. El pri-
l, y el se-
te pspun-
leco.

lo de esta
segundo, de
necida de

XVI, y por

íes pegado
as las pun-
Los puños
os.

por fuera
s entre los
hojas.

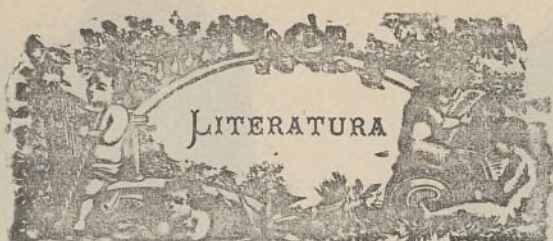
y adornado
este color.
almente de
o con cinta
os extremos

SEDA.



EL CORREO DE LA MODA
Periodico ilustrado para las Señoras
Plaza de Isabel 2^a II. Madrid.

BIBLIOTECA
MUNICIPAL
DE MADRID



JUICIOS CRITICOS MORALES (1)

DEDICADOS A MI QUERIDA AMIGA LA ILUSTRADA ESCRITORA
SEÑORA DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

LA VANIDAD.

He aquí mi primera reflexion: este sentimiento que demuestra el escaso mérito, la falta de talento de la persona, poniéndola en ridículo á los ojos de las gentes de valer, será el objeto de mi primer tema; para hacer menos árida su lectura, está escrito en forma de historieta.

I.

¡La primavera! esa estacion encantadora, ¿quién no la acoge con efusion? ¿quién no la admira? ¿quién no goza á la vista de sus bellas flores, y quién no se extasia al aspirar el aroma de su perfumado ambiente? ¡Al oír el canto de mil variados pajarillos, con los trinos de los amantes y tiernos ruisenores, qué alma no se siente arrobada si contempla esa risueña época del año, por ejemplo... en la histórica y poética Granada? entre los caprichosos jardines que se miran en las aguas del caudaloso Genil, ó subiendo por los que adornan el camino que conduce al Generalife, ó bien contemplando el magnífico Panorama que se descubre desde el palacio de la Alhambra. ¡La Alhambra! ¡ese gigantesco monumento de imperecederos recuerdos! ¡Esa maravilla ejecutada por el hombre! ¡pero no por el hombre de este siglo! pigmeo mezquino y positivo, incapaz de comprender las heroicas epopeyas de los antiguos tiempos, ni á los hombres que en alas de su fé y su idealismo consiguieron levantar aquellos monumentos, testimonios eternos de su gloria.

Era una tarde del mes de Mayo: dos hombres silenciosos y pensativos abandonaban los floridos costados que conducen al Generalife, para entrar en una de las alamedas que terminan en el morisco Alcázar.

Llamábase uno Lopez: tendria 35 años; era de regular parecido, de mediana estatura, de mediana posicion y de mezquinos sentimientos; en todo lo demás, era un hombre completamente vulgar. Su compañero, llamado Manrique, tenia la misma edad, pero era más alto, mejor parecido, de figura distinguida... sumamente instruido, y poseedor de una gran fortuna. Dificilmente se podian encontrar dos hombres más distintos: ¿cómo habian llegado á tener alguna intimidad? Porque la butaca de Lopez en el teatro estaba al lado de la de Manrique; desde los primeros dias de la llegada de éste á Granada, ocupaba el mismo asiento, pero no habia merecido que Lopez se dignase ni aun mirarlo, hasta que una noche observó que algunas personas notables le saludaban con muestras de interés: entónces se juzgó dichoso con obtener una sonrisa, con escuchar una frase suya. Terminada la representación, supo que Manrique vivia en la corte, que tenia una brillante posicion, y que frecuentaba los aristocráticos salones. ¿Qué más necesitaba Lopez para ofrecerle su amistad? A la mañana siguiente estuvo muy expresivo con Manrique cuando lo vió en el Círculo: por la tarde pasearon juntos, y por la noche le hizo confidente de sus amores.

Desde aquel día, apenas se separaba de Manrique, el cual se encontró con aquel amigo como llovido del cielo. Manrique no quiso desdeñarle, pero trató de conocerle, como conocer quieren los hombres de valía á los demás, para no equivocarse en sus elecciones.

—¡Cada vez, dijo Manrique rompiendo el silencio, presenta á mi vista nuevos encantos este magnífico paisaje! ¡el que sienta afligida el alma, debe frecuentar estos lugares como el mejor antidoto para consolarla! ¡Cuán bella, cuánta poesía!

—Amigo mio, respondió Lopez; pensamos de distinto modo. Yo he tenido precision de frecuentarlos (como usted sabe) durante dos meses... ¡¡dos meses!! y estoy tan cansado de ellos como de Rosita!

—Cansado de esa bella flor que aquí se oculta á las miradas de los mortales! ¡Veo que no tiene V. gusto Señor Lopez cansarse de una niña que, segun V. me ha referido, es el conjunto de todas las perfecciones!

—Entendámonos, replicó Lopez: de todas las perfecciones de la naturaleza y de la moral; pero, amigo mio, ¿qué es esto cuando falta la posicion social?

—¡Pues no me ha dicho V., exclamó Manrique, que es de ilustre nacimiento!

—Sí, amigo, sí; pero ¿querrá V. creer que no la he visto ni una sola vez en casa de ninguna persona de la aristocracia? y no solo eso, sino que tampoco la conocen ni la nombran. Esto, como V. comprenderá, me desilusiona... ¡Nadie! ninguno de mis amigos se ocupa de ella, lo cual hiere mi amor propio...

Manrique le dirigió una mirada desdeñosa y despreciativa, añadiendo:

—V. se confunde: el amor propio bien entendido, es, á mi juicio, la fotografía de la dignidad de la persona; el deseo de valer por ella misma; lo que V. siente herida es su *vanidad* (y añadió para sí) la vanidad, esa predilecta de los *necios*, de los *advenedizos* que piensan no ser nadie, sin ese requisito: ¡infelices! ¡causan risa!

Lopez estaba preocupado con la idea que bullia en su imaginacion: así llegaron delante de una modesta casita; una bellísima jóven estaba en la ventana, en medio de dos macetas que ostentaban lindas flores, pero ninguna tan hermosa como su dueña... Manrique, despues de saludarla, siguió su camino pausadamente acompañado de sus sentimientos de admiracion, y... ¡tal vez de otro más tierno que le hizo exhalar un suspiro, sino tan dolorido como el del moro Boabdil, no menos profundo!...

Lopez no quiso entrar en la casa y se acercó á la ventana; Rosa le manifestó lo que padecía su espíritu con el cambio que notaba en sus palabras y en su conducta para con ella; Lopez la respondió con frialdad que eran tantas sus elevadas relaciones, que apenas tenia tiempo disponible, que sentia no encontrarla *nunca* en la buena sociedad que él frecuentaba... añadiendo mil y mil sandeces en su estúpido discurso... El velo de la dignidad ultrajada cubrió el bello semblante de Rosa, la cual respondió:—Ya sabia V. que pasaba la vida en este humilde y grato retiro, no solo por complacer á mi madre querida, sino por carecer de los recursos indispensables para presentarme y alternar, sin menoscabo, en esa sociedad elevada; ¡sin embargo, en la duda de si toda ó parte de ella es digna de V., renuncio gustosa á la satisfaccion de conocerla; y diciendo esto se retiró de la ventana.

Lopez se reunió con Manrique, que descendia pausadamente la cuesta, y que al verle le manifestó su extrañeza por haber prolongado tan poco su visita. Lopez no le escuchaba; tenia la vista fija en un grupo que subia por el mismo camino... De pronto su semblante se animó, una sonrisa de inefable ventura dilató sus labios, y corrió al encuentro de las cuatro personas que lo componian, y que eran, la marquesa del Azofaifo (1), la duquesa del Añil (2), el ex-ministro, conde de la Bambolla (3), y el baron de la Fortuna (4).

—¡Marquesa! ¡Duquesa! dijo Lopez, alargando las manos á las dos señoras, las cuales se dignaron tocarlas con indiferente galantería. ¡Qué dicha, y qué ageno estaba yo de tener el placer de verlas por estos solitarios sitios.

—¿Qué quiere V.? dijo la marquesa; se han hecho de moda, y es preciso rendir culto á esa diosa, supuesto que no es largo su reinado.

—Es cierto, sí, es cierto, replicó Lopez; ¡qué graciosa y qué espiritual es la marquesa!

—Sin duda por esa misma razon le encontramos á V. aburriéndose ¿es verdad? le preguntó la duquesa.

—No, amiga mia, le contestó la marquesa; los paseos de Lopez son consagrados al amor; parece que es por aquí donde el pícaro cupido extiende sus alas, y Lopez quiere sin duda cogerlo en sus redes... cuidado, amigo, no sea V. el aprisionado. Yo estoy enterada por mi gaceta, que es el *pollo* Rodulfo.

—¿Y quién es la preferida? preguntó la duquesa; ¿en cual de las muchachas conocidas ha fijado su atencion?

—En ninguna, replicó la marquesa; segun me han dicho no pertenece á la *alta sociedad*, ni tampoco á la de los que la frecuentan.

—¡Ah, ya! dijo la duquesa con el más frio desden; ¡parece mentira que se ocupe V. de tan vulgares amores.

Lopez se quedó petrificado.

(Se continuará.)

NATIVIDAD DE ROJAS.

EL ROBO DE LA ROSA.

En un jardín ameno criábase una rosa tan pura y candorosa, de tan fragante olor, que fué pronto nombrada por sus vivos colores

(1) Aristócrata de la casualidad.

(2) Aristócrata de mezchilla.

(3) Aristócrata político.

(4) Aristócrata de dinero.

la reina de las flores, emblema del amor.

El céfiro halagüeño su corola besaba, y el ruisenior cantaba á la rosa sin par, y el sonoro arroyuelo con alegre murmullo, corria con orgullo su imágen al copiar.

Mas un aciago día de luto y amargura aquella rosa pura mano aleve cortó, y en aquel mismo instante las flores se agostaron, las aguas se estancaron, el ruisenior calló.

Tan solo allá á lo lejos escuchábase al viento con lastimero acento en confuso rumor, un eco repitiendo que de noche y de día vuelve, vuelve, decia, con profundo dolor.

ZARAVEL.

QUE TE BENDIGA EL CIELO.

Ayer te ví en el baile y al mirarte
Brotó la llama del amor inmenso
Que oculta vive entre esperanzas puras
Aquí dentro del pecho.

Cuando pasaste por mi lado, todos
A tu hermosura prodigar quisieron
Vanos elogios que en sus ténues alas
Llevóte ráudo el viento.

Hoy al salir del templo de granito
Cubierto el rostro por tupido velo,
Te miraron mis ojos extasiados
Socorrer á un enfermo.

Si ayer á tu hermosura y gentileza
Quemaron todos oloroso incienso,
Hoy eres más feliz—el pobre dijo:
¡Que te bendiga el cielo!

E. M. GONZALEZ DEL VALLE.

DE MADRID A LISBOA.

(IMPRESIONES DE UN VIAJE).

XXXVI.

DE CÓMO LLEGAMOS Á SANTAREN.

A la cuatro y sesenta minutos nos volvíamos al wagon. Mr. Scott estaba pálido como la cera. Su mirar era triste como el de un hidrófobo. El tren comenzó á rodar de nuevo, mientras Scott se dejaba caer de espaldas sobre su manta de viaje.

—¿Está V. malo? le pregunté.

—La cabeza me anda alrededor y la vista se me nubla.

Yo sonreía viendo á Scott sudar como si estuviésemos en el mes de Agosto; y, abriendo las ventanas del carruaje, para que entrara el aire, le decia:

—El cigarro, amigo mio; el cigarro le ha mareado á V.

—¿El cigarro habano?

—Sí, señor; pero eso pasa pronto, ántes de 15 minutos estará V. bien.

—Hacen muy bien los griegos y los turcos en no fumar tabaco. Mejor les va con el ópio.

—No lo crea V., pues el funesto hábito de ese narcótico causa muchas víctimas, mientras el tabaco no causa ni una solamente.

—Se conoce que V. es apasionado decidido por el cigarro.

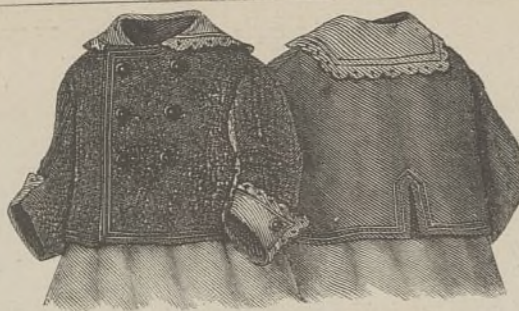
—No tal; conozco muy bien lo que es para la vida el tabaco y el ópio, y he visto en Egipto y en Siria los estragos que el ópio causa en el organismo. Las tiendas donde se expenden esos narcóticos son unos miserables tugurios sin aire y sin luz, abiertos al público desde las seis de la mañana hasta las diez de la noche. A lo largo de las paredes se hallan varios asientos de piedra cubiertos con esteras. Un rayo de luz penetra por la puerta: en algunos casos la estancia está alumbrada por una lámpara de petróleo.

Los fumadores de ópio, parroquianos de la expenduría, llegan generalmente por parejas y se tienden sobre las esteras. Uno de ellos toma un poco de *tombek*

(1) La *Vanidad* es de corta extension, por haber sido escrita para leerse en el Ateneo de señoras, que solo concedia quince minutos para este objeto.



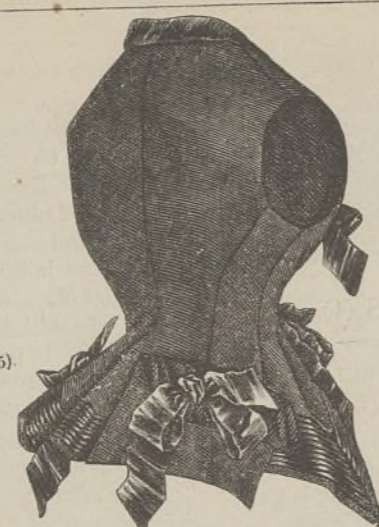
4. Paletot con mangas anchas. (Véase el núm. 5).
(Patron: pliego por el revés, núm. IX, figs. 46 á 48a).



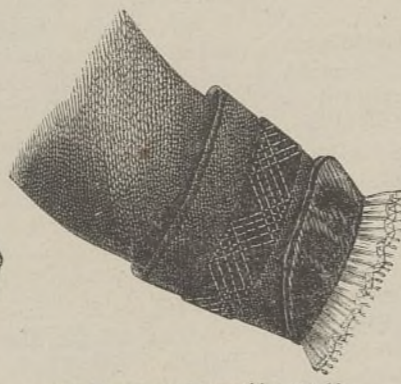
6 y 7. Marinera para niña.
(Patron: pliego por el revés, núm. XIV, figs. 60 y 65).



12. Vestido inglés para niña. (Véase el núm. 13).



8. Chaqueta sin mangas (Patron y explicación:
pliego por el derecho, núm. II, figs. 6 á 11).



20. Manga para los vestidos 18 y 23.



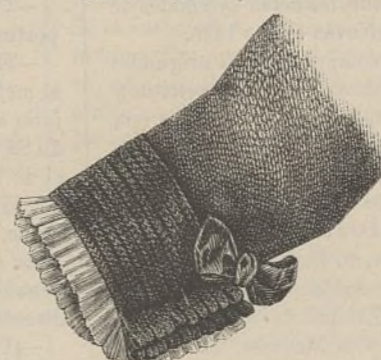
17. Paletot con pliegues por detrás. (Véase
el núm. 25). (Patron: pliego por el revés,
núm. XII, figs. 50 á 53).

18. Vestido adornado de trenzados.
(Véase los núms. 20 y 23). (Patron: pliego
por el derecho, núm. IX, figs. 37 y 38).

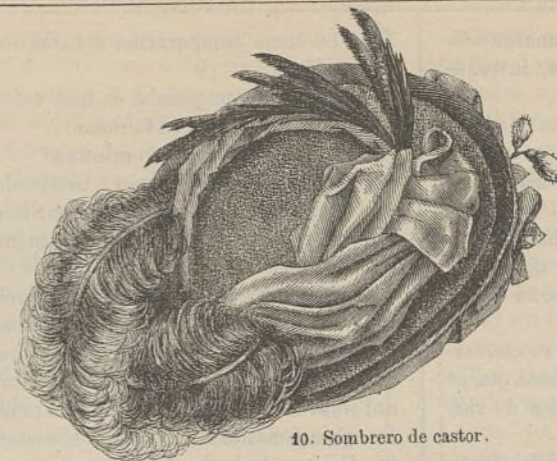
19. Vestido con túnica y chaqueta.
(Patron: pliego por el derecho, núm. III,
figs. 12 á 13a).



9. Chaqueta correspondiente al núm. 24.
(Patron: pliego por el revés, núm. XV,
figs. 64 á 68).



25. Manga para el vestido núm. 24.



10. Sombrero de castor.



13. Delantero del vestido núm. 12.
(Patron: pliego por el derecho,
núm. VI, figs. 25 á 29).



5. Espalda del paletot núm. 4.
(Patron: pliego por el revés, núm. XIV, figs. 46 á 49a).



16. Capota para niño.



14. Vestido inglés para niño



31. Abrigo de cachemir entretelado.

20. Abrigo de paño con pieles.



15. Paletot holgado. (Véase el núm. 21). (Patron:
pliego por el revés, núm. X, figs. 40 á 45a).

11. Sombrero
con barbas de
tal. (Véase
el núm. 1).



22. Albornoz.

27. Espalda de la polonesa núm. 26.
(Patron: pliego por el derecho, núm. I, figs. 1 á 5a).



21. Vestido con paletot. (Véase
el núm. 15). (Patron: pliego por
el derecho, núm. X, figs. 40 á 45a).

22. Vestido para niño.

24. Vestido adornado de trenzados
(Véase los núms. 18 y 20). (Patron: pliego
por el derecho, núm. IX, figs. 37 y 38).

Vestido con galones estrechos.
(Véase los núms. 6 y 25). (Patron: pliego
por el revés, núm. XV, figs. 64 á 70).

26. Polonesa con grandes mangas.
(Véase el núm. 27). (Patron: pliego por
el derecho, núm. I, figs. 1 á 5a).

27. Delantero del paletot núm. 17.
(Patron: pliego por el revés, núm. XII,
figs. 50 á 53a).

(tabaco hecho con los nervios de las hojas), lo amasan adicionándole con una ligera cantidad de uvate, introduciéndole esta pasta en el *narghilé*.

A dicha mezcla se añade una pequeña cantidad de ópio en polvo, sobre el cual se hecha un poco de tombe-ki, colocando algunas áscuas encima de todo esto. Después de haber aspirado cinco ó seis veces el fumador, pasa su *narghilé* á su vecino, quien luego de haber aspirado á su vez, lo devuelve, continuando esta operacion hasta que se duermen. Se aspira el humo como se aspira el aire, y se respira por la nariz.

Al principio, los fumadores hablan mucho, su conversacion es animada; pero luego va decayendo hasta que se detiene del todo, acométienles entónces accesos de risa sin saber porqué.

A estos síntomas sucede un estado de aniquilamiento y de entorpecimiento á la vez, que se refleja en los rostros que mudan de color y se cubren luego de una palidez mortal. Entonces es cuando el fumador cae en un sueño profundo que suele durar algunas horas.

Los fumadores de haschisch mezclan una parte de esta sustancia al tombe-ki de su *narghilé*, y lo fuman del mismo modo.

Muchas son, muchas tambien, las personas que toman el haschisch y el ópio en forma de píldoras y mezclado con miel ó azúcar.

Se hace tambien con haschisch, miel y otras especies, una pasta que se llama *magun ó barsh*, cuyo consumo es muy considerable por las personas de ambos sexos.

Cuando un árabe se ha entregado al abuso del ópio ó del haschisch, le sucede lo mismo que á los que toman arsénico y á los bebedores de alcohol, les es sumamente difícil romper con la costumbre; la proximidad de una expendeduría de ópio le pone en un estado de sobreexcitacion inexplicable y ejerce en él una atraccion á la cual no puede resistir.

Toda persona que quisiera abandonar repentinamente el uso de esas drogas perniciosas, podria sufrir consecuencias lamentables.

Cuando el hábito es ya antiguo, las facultades morales y físicas se debilitan, y los fumadores no retrocederian ante el crimen con tal de hallar el medio de satisfacer su funesta pasion.

Al principio los fumadores no toman más que la cantidad suficiente para sumirles en un estado de somnolencia, de insensibilidad á las impresiones exteriores y producirles un sentimiento de bienestar y exaltacion de la imaginacion; pero la dosis necesaria para producir esos efectos va aumentándose poco á poco, llegando á ser muy considerable.

Los efectos de este envenenamiento lento se revelan por síntomas característicos.

Los comedores de ópio se distinguen ordinariamente de los fumadores por un gran abatimiento en su persona, por su rostro amarillento y lívido, por su inapetencia y por el temblor de sus miembros.

La inteligencia desaparece tambien en esta ruina general del organismo. La memoria y el juicio se pierden igualmente; la indiferencia hacia las impresiones exteriores, es cada vez más completa, acabando por caer el enfermo en un estado de idiotismo. Unicamente con el empleo repetido del narcótico es con lo que puede aún procurarse un rato de bienestar moral y físico.

Los consumidores de ópio, despues de un tiempo más ó ménos largo, caen en un marasmo general que solo termina con la muerte.

Los efectos narcóticos del haschisch son mucho ménos funestos que los del ópio. El fumador ó mascador de haschisch se halla á menudo trasportado en sueños á un mundo encantado, y su cuerpo se encuentra en un estado de bienestar indecible, sin que su organismo resulte tan afectado como con el ópio.

Los síntomas de la narcotizacion por el haschisch difieren segun la constitucion del individuo. En unos, cinco ó seis aspiraciones bastan para ocasionar una sobrecitacion nerviosa y un temblor en los miembros, que dura hasta que llega el sueño, mientras que otros gozan de la tranquilidad más perfecta.

Los árabes, en caso de enfermedad dolorosa ó incurables accidentes, recurren muy á menudo al haschisch, en humo ó en dulce, para procurarse, con el olvido momentáneo de sus penas, una insensibilidad dichosa. El consumidor de haschisch no tiene la apariencia miserable y raquítica del consumidor de ópio.

Muchos son los que han usado el primero de estos narcóticos durante treinta años y más, y alcanzan, sin embargo, la edad de sesenta á setenta años. Pero es evidente que el abuso continuo del haschisch acaba por ejercer una influencia perniciosa sobre el organismo.

Ahora, dígame V. si el uso del tabaco puede jamás producir tantos males al hombre.

—No, tanto no; y á juzgar por el que me ha producido

á mí no tiene comparacion el tabaco con el ópio ni con el haschisch.

En esto el tren paraba en una estacion, y un hombre gritaba con un farol en la mano:

—¡Torres Novas, cinco minutos!

Scott bajó á beber agua y á tomar el aire para refrescar su cabeza, aún no muy segura, por el efecto del habano. El tren se puso en marcha nuevamente mientras yo decia á Scott:

—Torres-Novas es uno de los pueblos más antiguos de Portugal. Los romanos lo fundaron con el nombre de *Célsis*, y en él habitaron godos y árabes hasta la conquista de Portugal por D. Alfonso Enrique. A principios del siglo XV se celebraron en este pueblo Cortes generales, para constituir el país á la sucesion del rey D. Duarte. Sobre este hecho histórico, hay grandes discusiones entre historiadores y cronistas, pues mientras unos niegan que dichas Cortes se efectuaron, otros sostienen que existieron realmente, y que sus acuerdos fueron respetados por el pueblo y los reyes. Felizmente la opinion de los que esto sostienen ha triunfado ya desde que los condes de San Lorenzo han presentado las actas 'originales de las Cortes reunidas en Torres-Novas el año 1438.

El gobierno portugués ha comprado estos originales auténticos con otros muchos libros raros, manuscritos y códices, que constituyen entre todos 897 documentos, con que felizmente se han enriquecido las bibliotecas de Lisboa, algunos de ellos muy curiosos y de gran valor para la restauracion de la historia de Portugal. Entre ellos se encuentran hasta 64 cartas de D. Juan de Castro y autógrafos del conde de Castanheira, de D. Gerónimo Osorio, del cronista Juan de Barros, de Andrés Rezende, de Don Juan Mascarenhas, de Martin Alfonso de Sousa, de Don Alvaro de Castro, de D. Aleixo de Meneses, de D. Lorenzo Pires de Tavazo, de Luis Falcon y de otros hombres importantes en la historia de las letras, de las artes y de las armas en Portugal. Pero lo más importante que se encuentra en esta magnífica coleccion, son los documentos relativos á las Cortes generales de Torres-Novas, reunidas en 1438, para proponer quién habia de gobernar el reino portugués á la muerte de D. Duarte. Estos documentos son quizás los más notables, porque despues de ser auténticos, vienen á poner en claro el hecho histórico, hasta hoy sembrado de dudas, de la existencia de aquellas Cortes, que siguen en la historia portuguesa la misma suerte que las de Lamago.

Toda la coleccion estaba tasada en el inventario en 4.500.000 reis; pero el marqués de Sabugosa, que pudo alcanzar una cantidad más elevada por estos originales, si los hubiese querido vender en el extranjero, en Londres, por ejemplo, donde le ofrecian 8.000 libras, prefirió cederlo al gobierno portugués por una cantidad más baja de la que figuraba en los inventarios, por la satisfaccion de que no saliesen de Portugal. Este honroso procedimiento es muy loable.

Con la adquisicion de estos originales están de enhorabuena los historiadores peninsulares, pues tienen un nuevo arsenal donde acudir á proveerse de armas para sus batallas literarias.

Y hablando de estos originales paraba el tren en Mato de Miranda. Scott bajó á llenar su castaña de aguardiente, mientras yo compraba bollos. La estacion estaba llena de maderas cortadas y preparadas para trasportar. El pueblo no estaba lejos de nosotros. Era una aldea pequeña que apenas si contaba 600 vecinos. Arrojados con nuestros abrigos volvimos á ocupar el wagon, y el tren partió de nuevo para Valle de Figueira.

—¡Esta madera que hay en esta estacion, nos preguntaba Scott, es del país?

—Sí, señor; de los pinares y montes que rodean estos pueblos cercanos.

—¿Y á dónde la llevan?

—A Lisboa.

—¿Por el ferro-carril?

—No, señor; por el Tajo, que está á nuestra izquierda.

—¿Qué sistema hay aquí en el transporte?

—El comun hasta hoy: las lanchas y pequeñas embarcaciones.

—Así lo hacian los romanos hace XIX siglos.

—No conozco otros medios, al menos por aquí no se emplean.

—En la América se ha adoptado un sistema tan fácil como sencillo y económico. En las regiones del Oeste de dicho país se usa con éxito hace tres años un económico medio de trasporte, que consiste en un acueducto-túnel de madera triangular y tres piés de fondo, la canal en el centro, por la cual envian toda la madera de construccion que se corta en aquellos inmensos bosques.

De dos en dos millas hay un guarda encargado de quitar los obstáculos que puedan presentarse, y desde la creacion del acueducto no se ha ofrecido un solo caso de obstruccion seria: estos canales tienen muchas millas de

largo, exigen una cantidad muy reducida de agua para producir la presion que imprime el movimiento de acarreo, y sobre ellos viajan á veces los mismos cortadores y traficantes de madera montados como en las balsas que se forman en nuestros rios.

No hace aun dos años que presencié en la Nevada, yendo yo en ferro-carril, un envío de madera sobre un canal de este género, tendido sobre la nieve, que tardó una hora y 20 minutos en recorrer 29 millas.

—¡Prodigiosos resultados!

—Pero eso no quita para que bebamos un trago de vino de Mato de Miranda.

—¿Pues no tomó V. aguardiente?

—No lo habia; mejor dicho, era muy malo.

Y Scott se empinaba la botella despues que yo la habia dejado medio vacía.

—¡No es mal vino!... exclamaba Scott.

—Como que no es de Mato de Miranda.

—¿Pues de donde es?

—De Porto, que es el mejor de Portugal, y al que cantó Byron en precisos versos.

—Ciertamente el gran poeta inglés era partidario del vino portuense.

—Eso va en caprichos. Para el emperador Napoleon I el mejor vino era el de Chambers; Pedro el Grande preferia el de Madeira; Rubens el de Marsala; el mariscal de Saxe el de Champagne; Cromwell la malvasía; Balzac el de Vouvray; Goethe el de Johannisberg; Carlos V el de Alicante; Francisco I el de Jerez y lord Byron el de Porto.

En esto el tren paraba. Habiamos llegado al Valle de Figueira, y dos minutos despues partíamos de nuevo, en direccion á Santaren.

—¿Por dónde vamos ahora? nos preguntaba Scott.

—Comenzamos á recorrer la rica comarca de Santaren, que tendrá unos 90.000 habitantes, situada en la provincia de Extremadura, á una y otra parte del Tajo, que la corta oblicuamente. Tiene diez leguas de largo por cinco de ancho, y produce muy abundantes frutos, donde se cria mucho ganado. Ahora vamos cortando por el centro de esta comarca, y la locomotora nos lleva en línea recta, como un hombre honrado, á Santaren.

—¿Los hombres honrados caminan en línea recta?

—Siempre, mientras los canallas caminan en línea mixta, y los hipócritas y embusteros por la doble curva. La vida del hombre es un conjunto de líneas, de las cuales no nos podemos separar. El matrimonio, por ejemplo, es un ángulo perfecto. La virtud de la mujer y el talento del marido consiste en que ese ángulo no se convierta en triángulo. Otro ejemplo de igual género. Si fuese posible convertir á los acreedores y á los deudores en líneas paralelas, se habria resuelto el gran problema social que nos habia de dar la paz más perfecta.

—Comprendo sus matemáticas, nos decia Scott, y sonreia maliciosamente, mientras continuábamos exponiendo otros ejemplos análogos, en tanto que el tren paraba frente á una estacion.

Habiamos llegado á Santaren, donde una mesa muy bien surtida nos esperaba para tomar café y coñac.

(Se continuará).

NICOLÁS DIAZ Y PEREZ.

ESPIGAS Y AMAPOLAS.

novela de costumbres

POR ANGELA GRASSI.

(Continuacion).

El duelo se habia verificado en una plazuela desierta, situada á espaldas de la casa; la saña de Andrés no admitia ni tregua ni dilacion ninguna. ¡Parecia ávido de publicidad y de escándalo! Dos bastones de estoque les habian servido de armas; de padrinos, Leopoldo y el anciano general. Al primer choque ambos adversarios quedaron heridos.

Leopoldo hizo trasportar al instante á Andrés á casa de la condesa, para que se le prodigarán los primeros auxilios. Al otro le colocaron en un coche y le llevaron á su propia vivienda.

La herida de Andrés no ofrecia peligro, pero habia perdido mucha sangre, y estaba casi exánime.

Mientras todos se arremolinaban en torno de él, nadie se acordaba de la pobre Margarita.

Leopoldo se acordó.

—¡Infeliz! se dijo así mismo. ¡Culpable ó no, no tiene á nadie que se interese por ella en el mundo!

Se deslizó por detras de los circunstantes, fué de aposento en aposento, y al llegar al salon, la encontró todavía en el mismo estado en que la habia dejado la condesa.

Leopoldo corrió hacia ella lleno de generosa compasion, y la hizo respirar las sales que se habian quedado olvidadas á su lado.

Margarita exhaló un débil suspiro, luego sus pálidas mejillas se colorearon, y por fin murmuró en voz baja, entreabriendo los ojos:

—¿Qué es lo que pasa por mí? ¿Qué es lo que me sucede?

—¡Valor, Margarita, valor! dijo Leopoldo con dulcísimo tono.

Leopoldo se complacía en consolar al triste, en amparar al oprimido.

Margarita se estremeció de júbilo al oír el sonido de aquella voz, al sentir los latidos de aquel corazón llamado.

Desprendióse ruborosa de sus brazos, y recordando de repente cuanto había pasado, prorumpió en sollozos:

—¡Oh Leopoldo! ¡Leopoldo! exclamó fuera de sí, ¡no soy culpable! ¡Por Dios, no me crea V. culpable!

Aquel grito partía del alma; solo podía exhalarlo un corazón inocente.

Leopoldo la creyó; la creyó á pesar de cuanto habían dicho, á pesar de la evidencia que la condenaba.

—Tranquillécete V., hermana, dijo con una inflexión de voz tan dulce que le sorprendió á sí mismo, ¡yo nunca he dudado de su inocencia!

Margarita le cogió la mano y se la cubrió de besos, besos de ardiente gratitud, más elocuentes que cuantas palabras hubiesen podido pronunciar sus labios.

—Pero ese duelo, prosiguió con espanto, ese duelo del cual yo he sido causa inocente, ¿se ha verificado acaso? Dígame V. que no! ¡dígame V. que por mí no se ha vertido sangre!...

Leopoldo calló, pero sus ojos hablaron.

—¡Ah! exclamó Margarita dando un grito lastimero, ¡corramos, corramos adonde está mi marido! ¡quiero verle!... ¡quiero hablarle!...

Y loca de dolor, arrastró á Leopoldo tras de sí. Guiada por el eco de las voces, llegó al aposento en donde Andrés reposaba ya sobre un mullido lecho.

Al verla, los circunstantes dejaron escapar un sordo murmullo; pero la huérfana no hizo caso de este injurioso murmullo, se abrió paso por medio de todos, y fué á colocarse al lado de su esposo.

Este acababa de volver en sí, y la rechazó bruscamente.

La joven no retrocedió al ver este desvío; permaneció llorando en silencio á su lado, y prestándole todos los cuidados que su estado exigía.

Cuando el doctor, después de practicada la primera cura, mandó á los circunstantes que se retirasen y dejasen descansar al herido, Margarita declaró con extraña firmeza, ajena de su carácter, que aquel era su lugar, y que no se apartaría de allí ni un solo instante.

En vano Andrés la mandó que lo dejase, en vano la condesa quiso persuadirla de que le obedeciera. Margarita persistió en su idea.

—Es mi marido, dijo con noble sencillez; mientras era dichoso, podía olvidar, á su imitación, los lazos que nos unían; desgraciado ó enfermo, mi deber me prescribe que no le abandone.

Manifestó su resolución con tal entereza, que nadie se atrevió á contrarrestarla.

—¡No sé qué hay en esa mujer, pensaba tristemente la condesa, al retirarse, que le falta á mi hija! ¡Hé aquí cómo yo obré cuando la calumnia me arrebató el corazón de mi esposo! ¡Por qué no ha de ser ella también víctima de falsas acusaciones?

—¡No sé qué hay en esa mujer, pensaba también Leopoldo, que su voz habla suavemente al corazón y le seduce y le encadena.

Lo que había de misterioso en Margarita era el alma, que pura, inocente y bella, se mostraba á las otras almas en los momentos supremos, dejándolas deslumbradas con su belleza inmaterial y eterna.

CAPÍTULO X.

UN RAYO DE LUZ ENTRE LAS SOMBRAS.

El hombre no puede ser ofendido en su honor, si no le ofende él mismo.

HOLEACH.

La inocencia está siempre rodeada de su propio resplandor.

MASSILLON.

La verdad es como el agua, que tarde ó temprano se pone de manifiesto.

GRESSET.

Margarita, con su noble conducta, dió á comprender en aquella solemne ocasión, á cuantos la rodeaban, que no era una niña tímida y adocenada, como su modestia les había quizás hecho creer hasta entonces, sino que tenía un alma grande y un talento poco común. Margarita, á pesar de la posición equívoca en que la había colocado la calumnia, supo guardar aquella severa dignidad que dista mucho de la descocada altanería, pero que impone respeto á los que tratan de ofenderla.

Podían motejarla ausente, pero en su presencia, nadie se atrevía á dirigirla ni la más ligera indirecta. No rehusó el sincerarse, pero se limitó á declarar su inocencia sin vanas protestas, sin inútiles juramentos.

Aunque la herida de Andrés había parecido al principio sin consecuencias, durante tres días ofreció serios temores, porque se apoderó de él una fiebre tenaz y pernicioso.

Margarita no se apartó de la cabecera de su lecho ni un solo instante, velándole de día y de noche, prodigándole los más solícitos cuidados, y sufriendo, con evangélica dulzura, su desvío. Ni sus reproches entibiaban su ardor, ni su desagrado minoraba su afán de complacerle. Y esto, sin bajeza, sin servil humillación, sino de un modo tierno, y al mismo tiempo grave y sereno.

La condesa y Leopoldo permanecían casi siempre á su lado, y admiraban su incansable actividad y esas mil minuciosas atenciones de que rodeaba al enfermo, y cuyo secreto solo conocen las mujeres. Es que el lugar en donde brillaba Margarita, en donde dominaba como reina absoluta, era, semejante á las augustas matronas de la antigüedad, el centro de la familia, el hogar doméstico. Era una colosal figura contemplada desde cerca, pero que iba perdiendo sus gigantescas proporciones á medida de la mayor distancia, interpuesta entre ella y los que la miraban.

Al tercer día, el estado de Andrés fué visiblemente mejorando, y Margarita abandonó por primera vez su puesto de honor, dejando en su lugar á una doncella.

El aposento que ocupaba Andrés era un cuarto bajo que daba al jardín. Margarita se dirigió á él, ansiando que el aire de la tarde refrescase su abrasada frente.

Leopoldo estaba sentado debajo de un árbol frondoso, y aunque al parecer leía atentamente en un abultado volumen, de vez en cuando echaba furtivas miradas al interior del aposento, cuya ventana estaba entreabierta.

Margarita se detuvo ruborosa al verle: no se atrevía á retroceder, y una indefinible timidez la impedía adelantarse. Se dejó caer en un banco de césped, y con los ojos fijos en el suelo y las manos cruzadas sobre las rodillas, se entregó á una meditación triste y profunda.

Empero un curioso observador hubiera podido notar, que aunque sin mirarse, las mejillas de ambos jóvenes se colorearon casi al mismo tiempo, y que al mismo tiempo también exhalaban hondos suspiros, que se escapaban sin casi advertirlo de sus oprimidos corazones. Hubiera visto las miradas de entrambos, iluminadas por una suprema felicidad, y arder el fuego de la alegría bajo sus párpados entrecerrados.

Es que existía entre los dos esa misteriosa inteligencia del alma, que adivina por intuición los afectos del alma compañera. Así como un espejo reproduce las imágenes que cruzan por delante de su tersa superficie, del mismo modo dos corazones unidos por una dulce simpatía, se reflejan mutuamente sus iguales sensaciones.

Largo rato estuvieron en este estado, sin que el uno se atreviese á levantar los ojos del libro, sin que la otra osara fijar en él sus miradas.

La presencia de la condesa rompió de repente el encanto que los subyugaba.

Esta se precipitó en el jardín, y dirigiéndose á Margarita, la dijo con voz trémula:

—¡Estás sola! ¡por fin podemos hablar!

No había advertido la presencia de Leopoldo, oculto entre el ramaje. Margarita no se atrevió á decirle que estaba allí; tampoco tuvo tiempo de hacerlo, porque la condesa repuso con una agitación indecible:

—¡Me vuelven loca!... ¡Todas esas gentes se complacen en venir á decirme lo que yo quisiera ignorar, aun al precio de mi vida! ¡Todas se obstinan en darme consejos que no les pido!... ¡Oh, Margarita, mi querida hija!...

—¡Y bien! preguntó la huérfana pálida y temblorosa, adivinando lo que quería decirle.

—¡Oh, Dios mío! replicó vivamente la condesa. ¡Yo no sé de qué palabras valarme para que no te ofendan!... ¡Yo te amo, Margarita, te amo tanto como á mi hija, más tal vez que á mi hija, por extraño que te parezca este afecto! ¡Yo tampoco sabía cuán necesaria eres á mi corazón hasta ahora mismo!... ¡Pero lo que tengo que decirte!...

—Dígame V. la verdad, señora, exclamó la huérfana con noble altivez, la inocencia no la teme...

—Es que, balbució la condesa nuevamente subyugada, hasta los mismos criados te acusan.... Dicen que desde hace ocho días, abandonas todas las mañanas al rayar el alba tu estancia, y sales furtivamente por la puertecita falsa del jardín....

Las mejillas de Margarita se tiñeron de púrpura, las ramas del árbol se agitaron....

La condesa cogió á la joven de las manos, y la dijo con apasionada ternura:

—¡Confía en mí, como si fuera la madre que has perdido! Mira, yo soy indulgente: sé que eres joven, sé que eres mujer, y por lo tanto, débil.... Díme la verdad, y te salvaré y te protegeré contra todos.

—¡Pongo por testigo á Dios de que proclamo la verdad al proclamar mi inocencia! exclamó la huérfana con tono solemne.

La condesa cruzó las manos sobre el pecho, y guardó silencio. Su actitud era la del desaliento, de la duda....

—Perdóname, prosiguió al cabo de un instante, pero aquí hay un enigma que es preciso que descifres.... Ese hombre que ha escalado las tapias del jardín....

—¡Por ventura habito yo sola en esta casa! exclamó Margarita con ímpetu.

La condesa se puso muy pálida al oír estas palabras; Leopoldo asomó su rostro encendido por entre las hojas del árbol.

Margarita comprendió súbitamente que para defenderse, necesitaba desgarrar el alma de aquellos dos seres queridos, y aceptó con resignación el cáliz de la amargura con tal de apartarlo de sus labios.

—¿Acusas á alguno? ¿tienes sospechas de alguno? preguntó la condesa respirando apénas.

Margarita calló un breve instante, reunió todas sus fuerzas, y dijo con tono seguro:

—No, señora, ¡oh! no, señora. ¡Yo no acuso á nadie, no tengo sospechas de nadie!... ¡Proclamo mi inocencia!... ¡Dios, que lee en los corazones, sabe si la proclamo con justicia!...

—Pero tú, repuso la condesa temblando, me pediste hace ocho días la llave del jardín, no me acuerdo con que pretesto; ¿por qué me la pediste, Margarita?

La huérfana sostuvo durante un breve instante una lucha espantosa consigo misma; luego dirigió los ojos al árbol, y vió las miradas de Leopoldo fijas en ella con tal ansiedad, que inclinó la cabeza sobre el pecho, y murmuró en voz baja:

—¡Es mi secreto!

La condesa lanzó un doloroso gemido, gemido que tuvo un eco en los labios de Leopoldo.

Siguióse un largo intervalo de silencio.

—Vas á mudar de aposento, repuso por fin la condesa; entrégame las llaves del pabellón, y esa malhadada llave del jardín.

Esta vez Margarita perdió toda su serenidad, y estuvo próxima á desmayarse.

(Se continuará.)

Soluciones á la charada inserta en el núm. 43 del CORREO correspondiente al 18 de Noviembre, por las señoras Dona Mariana de Rada Diaz Pimienta, de Quintanar de la Orden; Doña María Sanchez Guillen, de Barbastro; Doña Teodora Gutierrez, de Vigo; Doña Casimira Adorno, de Albacete; Doña Jacinta Gomez, de Soria; Doña Pascuala San Juan Mendez, de Daroca; Doña Luisa Costa, de Oviedo, y Doña Luisa Casmayor, de Madrid.

TEODOMIRO.

CHARADA.

La prima y cuarta
Nombre que indica,
Ser de persona
No masculina.

Prima y segunda
Parte precisa,
De cualquier ave,
Sea grande ó chica.

Segunda y cuarta
Materia prima,
Que grandes bienes
Al hombre brinda.

Tercera y cuarta
Nombre en Castilla,
Que se da siempre
A una comida.

No es mueble el todo
De los que brillan
En los estrados
De gente rica.

Y sí modesto
Se le fabrica,
En ciertos sitios
Y no á la vista.

También es cierto,
Que esto no implica,
Sea muy útil
A las familias.

JERÓNIMO COUDEE.

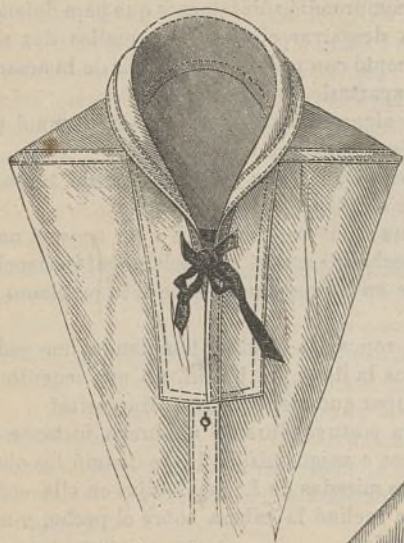
Madrid 15 de Noviembre de 1875.

CONSEJOS DE HIGIENE.

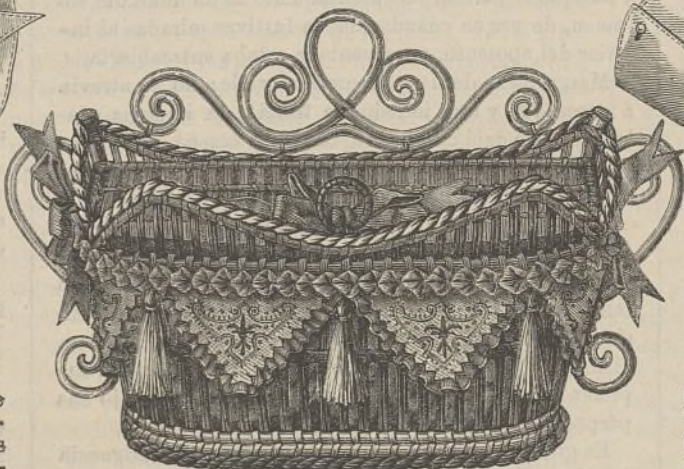
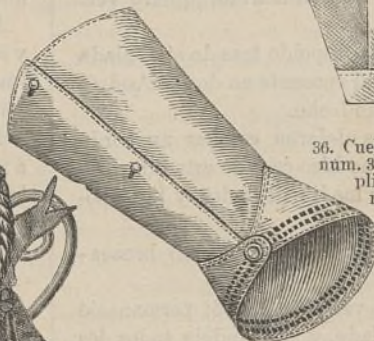
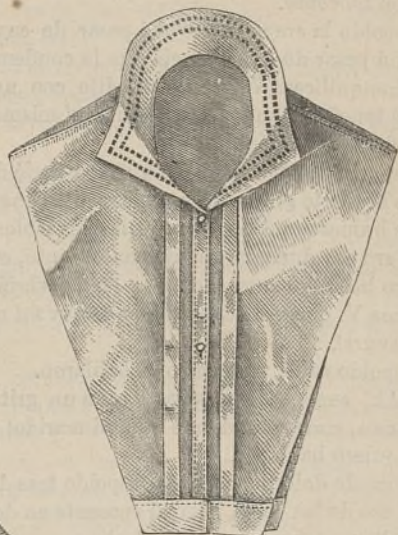
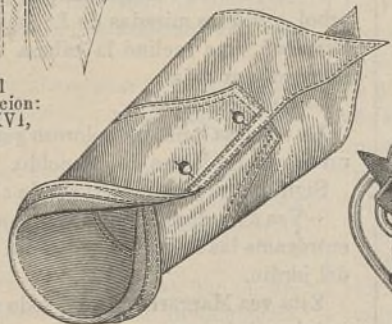
El invierno es mucho más sano que el estío, pues es fácil modificar la rigidez de la temperatura, mientras es casi imposible preservarse de los ardores del sol de Julio.

Los medios que se deben emplear para combatir el frío, son los vestidos de abrigo y el ejercicio, pues yo no soy partidario del calor de la chimenea ó del brasero. Lo más seguro al acercarnos á él es coger un resfriado, y en cuanto á la belleza de las señoras, ofrece todavía más graves inconvenientes, pues la intensidad del calor abre los labios, enrojece los párpados y arruga el cutis.

Hay señoras que habitan todo el invierno en un verdadero horno, y sin embargo están siempre tosiendo y temblando de frío. Al ver su tez, no puedo menos de acordarme de las manzanas cocidas en el horno; tanta es la se-



mejanza. Cualquiera golpe de aire, cuando salen, las constipa, y siempre tienen frío en los pies y en la espalda, lo que es muy perjudicial para la salud. Este es el resultado de la funesta costumbre que tiene el bello sexo, contraindada por el temor de ponerse medias de la lucir la esbeltez de abrigo. Para obviar prometen gravemente milia, que acostumbra: 1.º A lavarse con agua fría. 2.º A llevar zapatos de lana, para que jalen. 3.º A no acercarse a la chimenea.



Si á pesar de este saludable régimen, llegasen á constiparse, haced que tomen en seguida, y por tres noches consecutivas al tiempo de acostarse, una taza de leche caliente y azucarada, con dos ó tres cucharadas de café.



Estos consejos os los da quien os ama, y á quien una larga experiencia ha revelado los secretos de la naturaleza al par que los de la medicina. UN VIEJO DOCTOR.

Explicacion del Figurin. 1195.

FIG. 1.^a—*Traje para paseo*.— Para hacer este sencillo y elegante traje, pueden utilizarse dos vestidos antiguos; sea de dos tonos distintos, ó uno liso y otro á rayas. El modelo es de lana de dos tonos. Los volantes plegados de la falda van separados por muchos bastillados, los cuales adornan igualmente la manga. Sombrero de terciopelo azul, envuelta la copa en un velo de gasa *cuadrillé*, cuyo extremo descende flotando sobre la espalda.

FIG. 2.^a—*Vestido para recibir en casa.*—Es un vestido princesa de lana color castaño claro. Los dos paños de delante van fruncidos en la costura del costado. Un *coquillé* de guipure ne-

gro, de cuyos huecos salen dos lazadas de cinta de gros-grain marron, adorna el centro de delante en toda su longitud, así como la costura exterior de la manga, y la costura de los paños de costado, hasta la al-

tura que se ve marcada en el figurin, en cuyo punto cesan los fruncidos. A esta misma altura, por detras, se pega una echarpe, que descendiendose graciosamente anudada sobre los paños de atras, lisos hasta dicho sitio, y luego plegados á la rusa. Las mangas llevan vuelta y cartera. Gola y mangas de encaje blanco, y grupo de encaje y terciopelo negro en el cuello.

FIG. 3.^a—*Traje para niño de 5 á 7 años.*—Es propio para esa edad intermedia, en que el niño es grande para llevar blusitas y pequeño para llevar pantalones. Nuestro modelo es de paño gris. La falda, á tablas rusas por detras, es de tono más oscuro que el chaleco, y el paletot Luis XV. Sombrero de fieltro, botas grises de piel y corbata rosa.

